

Puerto Rico, la isla de naturaleza desbordante y playas paradisíacas

Lejos de los tópicos caribeños, la isla de Puerto Rico ofrece un viaje de inmersión total: un santuario de biodiversidad, una herencia histórica de la que presume, una gastronomía con carácter y un ritmo que contagia



Añádenos en Google

Itzuli



Entzun



E. Sancho

05-09-26 | 11:00



Casas de colores en San Juan, la capital de Puerto Rico. / MAGNIFIC

Más allá de su vibrante historia, la *Isla del Encanto* emerge como un

refugio de **naturaleza** desbordante y bahías que se encienden al caer la noche. Un destino diseñado para sentirse y vivirse con calma, donde cada rincón combina una rica herencia cultural con una apuesta rotunda por el turismo emocional y sostenible.

Nuestro viaje arranca en su capital, San Juan, donde los pasos resuenan de un modo especial sobre sus brillantes calles. Hay una explicación física: los adoquines que las forman son de mineral de hierro y escoria, y eran usados como lastre por su peso en los galeones españoles para equilibrar los barcos en la travesía de ida desde la Península, y se descargaban en el puerto de San Juan antes de rellenar las bodegas con las riquezas del Nuevo Mundo.



Las playas del este. / CEDIDA

A menos de nueve horas

La designación de la isla como Socio Fitur 2027 llega respaldada por una conectividad aérea ininterrumpida entre el Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas y la capital puertorriqueña. Con un tiempo de vuelo inferior a las nueve horas y frecuencias semanales supone un puente transatlántico sin escalas.

Por eso tienen una atractiva tonalidad azulada y un brillo especial, y por eso son tan resbaladizos cuando la lluvia ha caído sobre ellos. Pero es mucho mejor la explicación sentimental: el ruido de los pasos rebota en las paredes de las casas coloniales evocando los mismos sonidos que se han repetido en este lugar desde hace más de quinientos años. El Castillo San Felipe del Morro y el de San Cristóbal, imponentes fortificaciones diseñadas por ingenieros militares españoles y declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, completan este viaje en el tiempo que vigila la bahía. Las dos fortalezas, que defendieron la ciudad contra corsarios y piratas, parecen haberla preservado también del paso de los siglos.

Hoy, esos mismos adoquines guían al paseante hacia plazas que respiran alta cultura. Y es que la huella española en San Juan también es musical y del más alto nivel. En la emblemática Plaza de San José se erige el Museo Pablo Casals. El genial violonchelista y compositor catalán –cuya madre era de origen puertorriqueño– eligió la isla para vivir sus últimos y más fructíferos años de exilio. Su legado sigue latente en el país, donde no solo fundó el célebre Festival Casals y la Orquesta Sinfónica Nacional, sino que dejó una impronta de amor por la libertad y la música que los sanjuaneros custodian con orgullo.

Paseando por cualquiera de las callejas de San Juan, como la del Hospital o la de las Monjas, contemplando las fachadas de distintos tonos pastel que forman una rara armonía, disfrutando de los enrevesados trabajos en forja de algunas de sus rejas o apreciando sus balconillos de madera, se sienten las mismas cosas que debieron experimentar los contemporáneos de Juan Ponce

de León cuando fundaron esta ciudad.

Cuando Cristóbal Colón llegó a Puerto Rico en 1493 escribió en su cuaderno de bitácora: “Todas las islas son muy hermosas... pero ésta última parece superar a todas las otras en belleza”. El himno nacional puertorriqueño, *La Borinqueña*, que más parece música de salsa que marcha marcial, lo expresa de modo similar: “Cuando a sus playas llegó Colón, exclamó lleno de admiración: ¡oh, oh, oh!, esta es la linda tierra que busco yo”. Y bien parece que su atractiva belleza y su posición estratégica en el Caribe, más que su escasa riqueza en oro, hayan sido envidiadas y codiciadas a lo largo de los años.



Vista general de San Juan de Puerto Rico. / MAGNIFIC

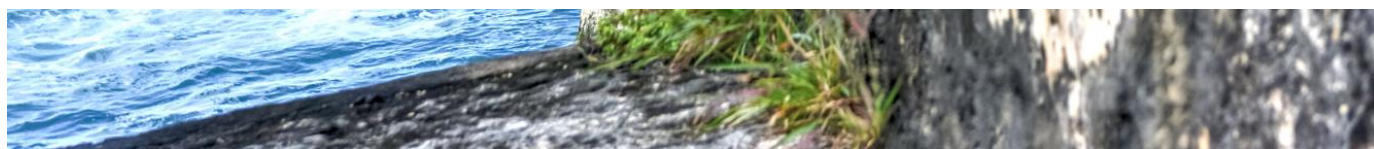
Engañar a los corsarios

Ni viejos lobos marinos, como sir Francis Drake o el capitán John Hawkins y sus corsarios, ni las armadas británica, holandesa y francesa lograron doblegar este pedazo de tierra, a pesar de que lo intentaron repetidamente. La audacia de los españoles y el tesón de los propios puertorriqueños lo impidió.

Pero la inspiración divina y la astucia tampoco fueron ajenas a este afán.

En el centro de la ciudad, la plaza de Las Rogativas recuerda uno de esos hechos gloriosos que jalonan la historia de San Juan. En uno de los numerosos cercos que los ingleses sometieron a la ciudad, cuando ya estaban a punto de capitular, un ocurrente obispo decidió sacar en procesión a todas las mujeres, ancianos y niños, portando antorchas, para rogar la intervención divina. Desde sus barcos, los británicos vieron las largas filas de luces recorriendo la ciudad y pensaron que eran refuerzos que acudían desde el interior de la isla. A la mañana siguiente levantaron el bloqueo y zarparon a alta mar.





pugnas entre las potencias de la época durante cuatro siglos, lo logró una **pequeña guerra que duró dos semanas entre Estados Unidos y España**. Roosevelt lo expresó claramente: “Casi no fue una guerra, pero fue la guerra que nos hacía falta”. El 31 de agosto de 1898, España se rindió y Puerto Rico agotó la pequeña autonomía de la que había gozado durante apenas dos meses.

En las décadas siguientes, el país configuró una **fórmula política insólita que todavía prevalece: Estado Libre Asociado de los Estados Unidos de América**. Un sistema que permite a los puertorriqueños participar de la ciudadanía, moneda, defensa y comercio de los Estados Unidos, pero que les libra de pagar impuestos federales y les impide votar en las elecciones nacionales, aunque están representados en Washington por un Comisionado Residente. Esta peculiar situación, refrendada por la mayoría de la población, **configura el carácter actual del puertorriqueño y, muy particularmente, de los sanjuaneros**. Es, sin duda, una de las facetas que más llama la atención del visitante.





Fusión con sabor caribeño

Todos los tópicos del pueblo americano se mezclan con los del español, aderezados con el sabor caribeño. Pueden comerse **hamburguesas**, pero después hay que echarse la siesta, puede jugarse al **béisbol** o al **billar**, pero se **baila salsa** o **merengue**. En el idioma es donde esa rara armonía entre lo español y lo inglés logra mayores virtuosismos. Se les suele acusar de hablar una mezcla bautizada como *espanglish*, aunque hace unos años el pueblo de Puerto Rico recibió colectivamente el Premio Príncipe de Asturias por su aferrada defensa del castellano. Es cierto que para ellos la **ventana** es la *güinda* y beben un **drink**, pero también lo es que en sus señales de tráfico no pone *stop* sino *pare*.

No hay prioridad de un idioma sobre otro, no hay vencedor ni vencido, casi todos los puertorriqueños hablan castellano e inglés con un acento especial y hacen las combinaciones que les parecen más sugestivas.

Esa fusión entre lo español y lo criollo se da también en la gastronomía o en su música. No se puede dejar la capital sin probar un auténtico **mofongo** (plato a base de **plátano verde frito y machacado con ajo**) en los restaurantes del vecindario de Santurce, el distrito más artístico y bohemio de la ciudad. El emblemático mofongo no se entendería sin el uso del sofrito tradicional, los ajos, las técnicas de guiso heredadas y el aceite de oliva. Incluso el **lechón asado a la varita**, plato nacional puertorriqueño, evoca directamente las tradiciones rurales de la península ibérica.



Buceo en aguas transparentes. / CEDIDA

Del bosque pluvial a las aguas que brillan

Puerto Rico es mucho más que San Juan y hay que descubrirlo. Más allá de las murallas y el asfalto, la naturaleza de la isla estalla en un verde casi irreal. A poca distancia de la capital se alza El Yunque, el único bosque pluvial tropical del Sistema Forestal Nacional de los Estados Unidos. Caminar bajo su frondoso dosel arbóreo, entre cascadas naturales, es una experiencia casi mística. Es un santuario donde las nubes se confunden con las copas de los árboles, donde los senderos huelen a tierra húmeda y donde el incesante canto del coquí –la diminuta rana símbolo de la isla– compone la banda sonora original de una selva salpicada de cascadas cristalinas.

Pero el verdadero misticismo de Puerto Rico aguarda a que caiga la noche, cuando se despierta uno de los espectáculos más fascinantes del planeta: el fenómeno de la bioluminiscencia. En bahías como la de Mosquito, en la paradisíaca isla de Vieques, el agua cobra vida y resplandece con un brillo azul eléctrico ante el menor movimiento, convirtiendo el baño en una

experiencia casi celestial. Reconocida por el Libro Guinness de los Récords como la más brillante del mundo, bañarse en sus aguas o navegarlas en kayak bajo un manto de estrellas, viendo cómo cada golpe de remo enciende un destello azul neón gracias a millones de microorganismos, es un recuerdo que se graba en la memoria.

Vieques, junto a su vecina Culebra, poseedora de algunas de las playas vírgenes más hermosas y tranquilas del Caribe, como la célebre playa Flamenco, una medialuna perfecta de arena blanca tan fina como el talco y aguas de un azul turquesa tan transparente que cuesta creerlo. Libre de grandes complejos hoteleros masivos, esta playa –considerada entre las mejores del mundo– representa la apuesta de Puerto Rico por un lujo basado en la preservación, el bienestar y el descanso genuino. Ambas conforman las llamadas *islas nenas*, pequeños refugios de paz que parecen haber esquivado el ritmo frenético del siglo XXI.

Ron y Salsa

Esa misma dualidad entre la calma y la pasión se lleva en la sangre y se saborea en los sentidos. La identidad cultural de Puerto Rico se bebe, se saborea y se baila. Puerto Rico es, por derecho propio, la capital mundial del ron. Más del 70% del ron que se consume en los Estados Unidos se destila en sus costas. En sus destilerías se añejan algunos de los elixires más codiciados del mundo, licores suaves y espirituosos que son la base de la coctelería caribeña internacional. Además, la isla reclama con orgullo ser la cuna de la icónica piña colada, nacida en los templos cocteleros del San Juan de mediados del siglo XX.

Y es que no se puede entender el ron sin el baile, ni la isla sin la salsa. Aunque sus raíces se nutren de muchas corrientes, fue aquí donde este ritmo encontró su corazón y su voz más universal, convirtiendo las esquinas, los locales del Viejo San Juan y las fiestas patronales en una pista de baile perpetua donde la música no es un simple entretenimiento, sino la forma

más pura y vibrante de entender la vida.